

AZORIN Y GALDOS

Manuel María Pérez López
José Luis Cabezas

Coincide la celebración de este Congreso Galdosiano con el centenario del nacimiento de Azorín. Unidos ambos nombres por tal coincidencia, resulta tentación difícilmente rechazable al exhumar y analizar aquí las relaciones de estos dos escritores, representantes caracterizados de dos generaciones contiguas en la historia, pero distantes en la ideología y la estética. Nos proponemos, más concretamente, estudiar la actitud de Azorín, el más fértil y perseverante crítico literario del 98, hacia la figura y la obra de don Benito Pérez Galdós. Ello nos permitirá revisar la extendida costumbre de incluir a Galdós en la hostilidad de los noventayochistas hacia los escritores de la Restauración, cuando, por el contrario, el autor de *Angel Guerra* mereció y obtuvo muchas veces la admiración, y casi siempre el respeto de Azorín y sus compañeros de grupo.

Tal actitud, es cierto, constituye una sobresaliente y significativa excepción en el ambiente de enfrentamiento generacional que se respira en nuestra literatura de entre siglos. En el capítulo «Los maestros» de su libro *Madrid* (1941), evoca así Azorín las relaciones entre los escritores de su grupo y los de la generación anterior:

Ley fatal es que los jóvenes combatan a los viejos. Y que los viejos opongan resistencia a los jóvenes. Debe ser así. En la resistencia de los viejos encuentran los jóvenes, exasperados, corroboración para sus ideas y redoblamiento, aunque no sea más que por despecho y venganza, para sus esfuerzos¹.

Ley inexorable es, en efecto, el relevo de las generaciones. Pero no siempre la transición se lleva a cabo en un clima tan abiertamente belicoso como el de finales de siglo. La generación que luego se llamaría de 1898 irrumpe en el

mundo literario afirmándose críticamente frente a las generaciones anteriores —frente a los escritores de la Restauración, principalmente—. Los del 98 rechazaron la herencia de sus mayores, y procedieron a demolerla antes de construir su propia obra creadora. Esto es particularmente claro en el caso de Martínez Ruiz. Se inicia en la literatura como periodista y como crítico. Cuando escribió sus primeras páginas creativas, tenía ya en su haber un buen número de artículos y folletos que mostraban claramente su actitud de combate. Combate que no es sólo literario, sino patriótico. La reacción contra los escritores de la generación anterior no es más que un aspecto de la repulsa hacia la total realidad española. El período de la Restauración significa, para los noventayochistas, la fase final de descomposición y decadencia de una trayectoria histórica que el país venía arrastrando desde tiempo atrás, y que encuentra en el Desastre un colofón espectacular. La literatura es un componente más de la imagen de ese período. Cuando, en la última década del siglo, Martínez Ruiz y otros jóvenes escritores se asomaron a la vida literaria, los literatos de la Restauración eran los consagrados, los representantes de la literatura «oficial» del momento. Esta literatura, a los ojos de los futuros noventayochistas, formaba parte de una imagen de España que ellos no amaban, y que querían distinta. Su ideología, su estética, su sensibilidad, eran diferentes. Aquellos jóvenes tenían, ciertamente, muy poco que compartir con los viejos maestros. Vino, pues, el enfrentamiento, que en ocasiones alcanzó un carácter de manifiesto generacional, como en el caso del homenaje a Baroja, o de la protesta colectiva por el homenaje a Echegaray.

Los escritos primerizos de Martínez Ruiz ilustran perfectamente el choque de ambas generaciones. Numerosos artículos periodísticos, folletos como *Buscapiés* y *Charivari* abundan en ataques, colectivos o personalizados, contra escritores decimonónicos. Testimonio de una lucha enconada es todavía el artículo «Somos iconoclastas», de 1904: «Veremos —afirma en él Azorín— que esta generación a la que se defiende, porque nosotros no la admiramos, ha sido una generación de pobres de espíritu —dramaturgos, novelistas, poetas— y que nosotros —y este es el corolario franco y brutal— valemos más, mucho más que ellos»².

Los testimonios podrían multiplicarse largamente³. La frivolidad, la falta de profundidad y de preparación intelectual; la ausencia de «espíritu científico», de «observación exacta y minuciosa», que produce un realismo pobre, superficial, deformador; la nota ampulosa, huecamente brillante y palabrera que domina el estilo: tales son, en resumen, los defectos que, en el aspecto literario, achaca Azorín con más frecuencia a los escritores de la Restauración.

Todo este proceso de enfrentamiento generacional culmina, como es sabido, en el manifiesto de protesta de los jóvenes escritores contra el proyectado homenaje nacional a Echegaray, tras la concesión del premio Nobel. Echegaray, aquel hombre de prestigio omnímodo, político triunfante, ministro, dramaturgo aclamado por el público, consagrado por la Academia, glorificado por

el Nobel, se había convertido en la encarnación desafiante de lo que Azorín y sus compañeros rechazaban: una literatura que repugnaba a su sensibilidad, un período histórico que querían ver concluido. No es extraño que este hombre-símbolo se convirtiera en el blanco preferido de sus ataques, y que hicieran lo posible por derrumbar el pedestal al que se había encaramado, y apearlo de su gloria⁴. Las incidencias de este episodio pueden seguirse perfectamente a través de una serie de artículos publicados por Azorín en el diario *España*, en 1905⁵. «La obra del señor Echegaray —afirma en un de ellos— corresponde a un estado político anterior al desastre colonial; un estado —bien lo sabéis todos— que se distingue por la inconsciencia, por la exaltación, por la irreflexión...; un estado que es en el que han vivido ideas y hombres que nos han llevado a la ruina»⁶. La cita es reveladora de todo el alcance extraliterario que tuvo la protesta. El manifiesto colectivo, de texto lacónico, pero hirientemente despreciativo, iba firmado por los más destacados noventayochistas y modernistas⁷.

Muy pocos son los autores indultados del anatema general lanzado por Martínez Ruiz contra la literatura de la segunda mitad del XIX. Conforme pasan los años, Azorín se va volviendo más comprensivo y complaciente, y va reconociendo valores positivos en mayor número de escritores. Con todo, su visión negativa del período no cambia sustancialmente, si bien pierde la anterior virulencia.

Tal es el contexto en el que hemos de situar las opiniones azorinianas sobre Galdós. En medio de ese ambiente de agresividad desatada, los entusiasmos, las admiraciones, los elogios o, cuando menos, el respeto de Azorín y muchos de sus compañeros hacia el gran novelista canario, adquieren mayor relevancia y dimensión significativa.

Es comprensible, pero rechazable, puesto que es falso, el que por inercia se piense y se escriba sobre la aversión de los del 98 hacia Pérez Galdós. Así, P. Álvarez Fernández, en su artículo «Galdós, los del 98 y nosotros»⁸, afirma que si el gran novelista español no tiene tanta fama como Balzac, Dickens, etc., se debe, entre otras cosas, «a la labor nefasta de aquella generación llamada del 98, compuesta de muchos y verdaderos talentos mal enfocados». Entre los valores que los del 98 quisieron derrocar —añade— «se hallaba Galdós. Claro que a Galdós era temerario atacarle de frente; su obra había echado hondas raíces; optaron por el silencio. Tapiaron a Galdós, lo emparedaron»⁹.

El mismo Azorín, cuando, a la distancia de los años, evoca en el libro *Madrid* sus relaciones con Galdós, no encuentra en su recuerdo más que una tibia deferencia mutua nunca resuelta en verdadera amistad: «Baroja fue buen amigo de Galdós. Pero en cuanto a mí, si el maestro se mostraba deferente conmigo, y hasta me enviaba con cariñosas dedicatorias sus libros, siempre hubo entre nosotros como una ligera neblina que no llegaba a disolverse»¹⁰.

Es el tiempo de donde emana la niebla, el tiempo es el que pone bru-

mas al recuerdo. Y también, quizá, la nueva situación española, que aconsejaba al ya anciano Azorín poner una prudente distancia entre él y lo que la figura de Galdós representaba. En 1941 Azorín ha olvidado quizá que cuando todavía se llamaba Martínez Ruiz, llenó bastantes páginas con el entusiasmo nada neblinoso que le inspiraba el maestro. Martínez Ruiz se inició en el periodismo, precisamente, haciendo en *El Mercantil Valenciano* las crónicas de los estrenos de *La loca de la casa* y *La de San Quintín*¹¹. «Qué hermosa, qué grande» —exclamó ante la primera obra. «Qué tío escribiendo» — fue su conclusión tras la segunda.

Artículos y folletos de los años inmediatamente posteriores siguen dando testimonio de adhesión ferviente. El joven anarquizante que exigía a la literatura un contenido social definido y militante, ve colmadas sus aspiraciones en la obra galdosiana. «Galdós, que desde la novela ha hecho más bien a España que todas las juntas de reformas sociales que pueda presidir Moret...» —escribe en *Anarquistas literarios* (1895). Y añade: «Galdós es un dramaturgo genial, inspirado; su teatro se aparta por completo de los moldes clásicos o de los moldes románticos. No más clasificaciones gramaticales»¹². Como vemos, en esa época siente predilección Martínez Ruiz, dentro de la obra galdosiana, por el teatro. La vida española —opina—, soberbiamente pintada en las novelas, se ensancha al pasar las tablas, se hace universal. Hay en el teatro de Galdós «ideas universales, sentimientos que laten en el corazón del hombre moderno, sin distinción de nacionalidades»¹³. No menos fervorosamente se manifiesta el crítico un año después, en su folleto *Literatura* (1896): «Sus dramas encierran siempre alguna idea grande; Galdós es un artista del arte social»¹⁴.

El 30 de enero de 1901 se estrenó *Electra*. El acontecimiento, como es bien sabido, desbordó ampliamente los límites de lo literario. De cuál fue el cúmulo de circunstancias extraliterarias que hicieron posible tan sorprendente episodio, se ha escrito ya lo bastante como para hacer innecesario el que nos detengamos en ello¹⁵. Pero sí conviene insistir en que varios miembros de la por entonces aún sin bautizar generación de 1898 estuvieron en el centro mismo de aquel torbellino de entusiasmos, y contribuyeron a fomentarlo. Al día siguiente del estreno, *El País* decía en su editorial: «Galdós, con su sublime drama, levanta la bandera de la revancha liberal. Su voz animadora concita a la juventud para la batalla suprema.» El periódico publicaba sendos artículos de Maeztu y Baroja, amén de las opiniones breves de otros personajes, entre ellos Martínez Ruiz. Nuestro crítico escribió muy brevemente, bajo el epígrafe «Instantánea», en los siguientes términos grandiosos, fastuosísimos:

Yo contemplo en esta divina *Electra* el símbolo de la España rediviva y moderna. Ved cómo poco a poco la vieja patria retorna de su ensueño místico y va abriéndose a las grandes iniciativas del trabajo y la ciencia, y ved cómo poco a poco va del convento a la fábrica y del altar al yunque. Saludemos a la nueva religión, Galdós es su profeta: el estruendo de los talleres, sus himnos; las llamaradas de sus forjas, sus luminarias.

No se quedó atrás Martínez Ruiz en entusiasmo respecto a Maeztu y los demás¹⁶. No parece sino que quien esto opina, con oratoria tan subida, es todavía el joven terrible que tres o cuatro años antes lanzaba alegatos anarquistas desde *El Progreso*. Martínez Ruiz se dejó arrastrar por el ambiente fervoroso del ensayo general y del estreno. Porque él no era ya el mismo que unos años atrás. Estaba próximo al final de una crisis de la que saldría convertido en Azorín, «el pequeño filósofo»¹⁷. Prueba y síntoma de ello es precisamente el artículo que publicó sobre *Electra* muy pocos días después («Ciencia y fe», en *Madrid Cómico*, el 9 de febrero de 1901)¹⁸, en el que se manifiesta de muy distinto modo. Nadie ha entendido la obra de Galdós —opina ahora—; todos han aplaudido lo que hay en ella de «antipático manifiesto progresista», de «anticlericalismo superficial y postizo», sin percibir en cambio su contenido inactual. A su juicio, el drama galdosiano plantea el problema de la vida y del mundo, la perdurable ansia por lo definitivo y verdadero. Entre ciencia y fe, el dramaturgo se decide por la primera: es una elección política, porque como pensador «debe saber que las dos soluciones son indiferentes, y que las dos... son bellas supercherías con que tratamos de acallar nuestras conciencias», porque de nada valen la libertad y el progreso si el hombre está condenado a volver a la nada de donde salió: «Oh paladines denodados de la democracia y de la libertad, aunque vuestra fiereza destruya conventos y arrase templos y acabe con todo símbolo y resto de idealidad, el pavoroso problema de la conciencia y de la vida perdurará mientras perdure el hombre!»¹⁹.

Como puede apreciarse, nuestro crítico ha variado notablemente el enfoque de su interpretación, aunque reincide en la retórica (algo extraño en él, que la combatió con tanto empeño). Maeztu interpretó estas nuevas opiniones de Martínez Ruiz como una traición, y se enfadó con él. Su artículo «*Electra* y Martínez Ruiz», publicado también en *Madrid Cómico* una semana después —el 16 de febrero—, es una réplica durísima e insultante. En él acusa a su colega de estar a sueldo de los jesuitas para desorientar y desprestigiar a los progresistas, y lo tacha de hombre seco, ambicioso, falto de honradez y de capacidad artística²⁰. Una muestra más de cuán fácilmente se desorbitaron las cosas en todo lo referente a *Electra*, en menoscabo de la sensatez y el equilibrio crítico. En realidad, el artículo «Ciencia y fe», de Martínez Ruiz, no significa un cambio de actitud hacia Galdós —sigue valorando positivamente su obra, aunque por otros motivos bien distintos—; es más bien la ilustración de una transformación personal de su autor, por la que las inquietudes tienden a desplazarse del plano social al subjetivo y existencial. Examinado desde esta perspectiva, dicho artículo alcanza gran valor significativo, y constituye un documento valiosísimo para seguir la evolución de su autor. Como muestra de crítica literaria, en cambio, no es desde luego un ejemplo de acierto. Quien haya leído objetivamente *Electra* buscará en vano la corroboración del filosófico mensaje que Martínez Ruiz le atribuye. Claro que, a ese lector objetivo y distanciado, le resultará asimismo sorprendente toda la tormenta política y anticlerical desen-

cadena por el drama galdosiano, entre la obcecación de tantos críticos ilustres, tan clarividentes en otras ocasiones.

El deslumbramiento de aquellos jóvenes literatos no se desvaneció al amortiguarse el estruendo de tan resonante estreno. Hay datos que confirman el prestigio, el ascendiente alcanzado entonces por Galdós entre la juventud literaria. Así, el 16 de marzo de aquel mismo año de 1901 apareció la revista *Electra*, cuyo simple título parece revelar el propósito de convertir en empeño permanente las inquietudes críticas suscitadas por la obra homónima galdosiana. Cierto que tal publicación, como tantas otras de parecido carácter, fue efímera²¹. Pero en su breve vida consiguió congregarse muchas firmas verdaderamente significativas para nosotros: Unamuno, Baroja, Maeztu, Martínez Ruiz²², Valle-Inclán, Antonio Machado, Benavente... Prácticamente, la nómina completa del 98. El primer número de *Electra* incluía una carta de Galdós, quien exhortaba al grupo de colaboradores a un perseverante trabajo en beneficio de la justicia. He aquí, pues, a Galdós constituido —siquiera sea temporalmente— en mentor intelectual de los noventayochistas. Por otra parte, tampoco el viejo maestro, como veremos, permaneció impermeable a la influencia ideológica de los del 98.

Interesa ahora saber lo que sobre Galdós opina Azorín en sus años de plenitud crítica. Entre varios artículos que reiteran ideas semejantes, el más completo es el titulado «Galdós», que se recoge en *Lecturas Españolas* (1912). Tras esbozar la estampa humana del escritor, se pregunta el crítico por el sentido de su obra: «¿Qué debe la literatura a este grande, honrado, infatigable, glorioso trabajador? ¿Qué le debe España? ¿Qué le deben las nuevas generaciones de escritores?» Con Galdós —opina Azorín— el esfuerzo filosófico que representaba el positivismo trasciende a la literatura. Había en España una larga tradición realista —novela picaresca, etc.—, pero ahora se trata de un realismo nuevo, socialmente trascendente, que relaciona los hechos visibles con sus causas. Galdós ha revelado España a los ojos de los españoles que la desconocían, ha hecho vivir a España con sus ciudades, pueblos, monumentos, paisajes... «Don Benito Pérez Galdós, en suma, ha contribuido a crear una conciencia nacional.» La nueva generación le debe lo más íntimo de su ser, se ha desenvuelto en el clima intelectual creado por él: «Se han acercado más a la realidad los nuevos escritores, y han impregnado a la vez su realismo de un anhelo de idealidad»²³.

Por aquel mismo año de 1912, en sendos artículos publicados en *La Vanguardia* y *ABC*, defiende Azorín al novelista frente a las críticas adversas (críticas que se han basado tradicionalmente, como se sabe, en motivos o políticos o estilísticos). Arremete contra los que, desde posiciones de sectarismo político, atacan a Galdós: «Nada más conservador, más patriota —afirma Azorín— que un gran artista. El arte —como la ciencia, como la industria— es

uno de los grandes factores de la patria... Ahora vea el lector si no será obra antipatriótica dirigir los embates contra un gran artista que en un pueblo ha creado una vastísima y completa obra literaria, y combatirlo, no razonadamente... sino sistemática, irreflexiva, ligeramente»²⁴.

El otro panegírico se refiere al estilo. La supuesta vulgaridad de la prosa de don Benito era ya un lugar común de la crítica antigaldosiana. Lo del «tufillo casero» se había convertido en tópico, que Valle-Inclán acogió en *Luces de Bohemia*: su alusión a «don Benito el garbancero» ha sido con frecuencia aducida como prueba del menosprecio de la nueva literatura hacia el viejo maestro, y ha dado lugar a peligrosas generalizaciones²⁵. Por el contrario, en opinión de Azorín, Galdós había llegado a poseer un estilo «admirable, sencillamente maravilloso», al que sólo se llega «siendo un gran artista... y habiendo pasado los ardores y las vanidades de la juventud... Nada tan castizo, es decir, tan vivo, tan de la entraña del pueblo y de Castilla como esta lengua sencilla, afable y pintoresca de Galdós en su actual fase literaria»²⁶.

Un año después —1913— Azorín publica en *ABC*, bajo el título «la generación de 1898», los cuatro famosos artículos que significan el bautismo oficial de dicho movimiento literario, el primer intento de analizarlo sistemáticamente, y, a la vez, una especie de unilateral y tardío manifiesto generacional. Allí queda proclamado el carácter precursor de Galdós respecto a la labor literaria e intelectual de los noventayochistas. En efecto, al hablar de las influencias que actuaron sobre los escritores de su grupo, destaca Azorín muy especialmente la trascendencia revolucionaria de la obra de Galdós, que radica, más que en sus ideas o tesis, en su visión de la realidad. Hasta aparecer él, nuestra novelística no había abandonado por completo el terreno de la abstracción:

Pero aparece Galdós; aparece silenciosamente, con sus ojos chiquitos y escrutadores, con su mirada fría y escrupulosa; aparece viéndolo todo, examinándolo todo... iba, paso a paso, dándonos sus libros repletos de menuda realidad; las nuevas generaciones fuimos acercándonos, solidarizándonos, compenetrándonos con la realidad. En adelante, la tragedia de España había de saltarnos a los ojos; nuestro espíritu estaba ya fuertemente aferrado a ella. Habíamos *visto*; lógica, fatalmente, había de surgir el lamento y la indignación²⁷.

Por sutiles vías se produce, en efecto, la influencia de Galdós sobre la nueva promoción literaria. Influencia basada más en semejantes actitudes éticas que en comunes planteamientos estéticos. Porque los del 98 no combatieron a Galdós con sus ensayos, pero adoptaron una estética muy diversa, tanto para la novela como para el drama. Bastaría ello para discutirle a Azorín el alcance que le atribuye al influjo del gran novelista.

La influencia, de todas formas, fue quizá recíproca. Así lo señala el mismo Azorín unos años después: «Si Galdós ha influido en el 98, esos escritores,

a su vez, han influido sobre Galdós, en su amor a Castilla»²⁸. No acompaña el crítico sus palabras con argumentos, pero opinamos que su afirmación no es gratuita. En su última etapa creadora, Galdós parece integrarse en la sensibilidad regeneradora de la generación posterior a la suya, e incorporarse a esa corriente castiza y castellanizante propia del idealismo de algunos miembros del 98. Así, en *Santa Juana de Castilla* (1918) —la postrera obra galdosiana— se esconde una reflexión sobre la historia de España, que presenta concomitancias con los noventayochistas no sólo en el transfondo ideológico, sino en las mismas formulaciones: la distinción entre historia esencial —la intrahistoria unamuniana— y externa, entre la España castiza y eterna y la histórica, el amor al paisaje, la locura quijotesca de la protagonista... Rasgos todos que contribuyen a esbozar una imagen casi mítica de Castilla, muy próxima a la elaborada por los del 98²⁹.

Apenas ofrece interés ya lo añadido por Azorín en años sucesivos a su repertorio crítico de tema galdosiano. Sí conviene indicar que el grado de intensidad de su entusiasmo por Galdós sufre alteraciones; alteraciones que marcan sutilmente, como si de un sensible termómetro se tratara, las alternativas políticas del país. Allá por los años de la dictadura de Primo de Rivera, Azorín emprende campañas de rehabilitación de algunos novelistas, postergados, según él, por estar rodeados de un halo de conservadurismo. Azorín no ataca a Galdós; pero para reivindicar a Pereda, o al olvidado aragonés José María Mathéu, los equipara a él en calidad, o incluso los coloca a mayor altura, en hiperbólicas exaltaciones: Mathéu le parece «uno de los más grandes novelistas españoles contemporáneos, superior a Galdós... precursor de Baroja...»³⁰. Y hemos visto ya cómo en sus páginas de recuerdos, escritas en la recién estrenada postguerra, el caluroso entusiasmo primitivo se ha enfriado para dar paso a un tibio y distanciado afecto.

No nos detendremos, en fin, en otros artículos que no añaden nada a la interpretación de Galdós y su obra³¹. Pero lo expuesto basta quizá para demostrar que Galdós fue una gran excepción en la hostilidad de los noventayochistas hacia la generación anterior³², y para apreciar que Azorín especialmente, fue en general justo con él, y aunque no estudiara su obra en profundidad y extensión, supo darse cuenta de cuáles eran las claves de su grandeza.

NOTAS

¹ *Obras Completas* de AZORÍN, Madrid, Aguilar, 1947-1954, t. VI, p. 260.

² O. C., VIII, p. 466.

³ Estudio esta cuestión con más detalle en mi libro *Azorín y la Literatura Española*, en vías de publicación.

⁴ Cfr., por ejemplo, O. C., II, 856; VIII, 752 y 831; VII, 1075.

⁵ Recogidos, bajo el epígrafe «El homenaje a Echegaray, en *La jarándula*, O. C., VII, páginas 1080-1111.

⁶ *Ibid.*, p. 1103.

⁷ El texto, muy breve, decía así: «Parte de la Prensa inicia la idea de un homenaje a José Echegaray, y se arroga la representación de toda la intelectualidad española. Nosotros, con derecho a ser incluidos en ella, sin discutir ahora la personalidad literaria de don José Echegaray, hacemos constar que nuestros ideales artísticos son otros y nuestras admiraciones muy distintas.» Firmaban Unamuno, Baroja, Azorín, Maeztu, Valle-Inclán, Antonio Machado, Manuel Bueno, Salaverría, Grandmontagne, Ciges Aparicio, Rubén Darío, Manuel Machado, Villaespesa, Díez-Canedo, Enrique de Mesa... Azorín es consciente de las heterogéneas tendencias de los firmantes. En el último artículo de la serie, titulado «La protesta», habla del documento y de las razones que les han movido a publicarlo. Entre los que firman —viene a decir— hay «artistas literarios puros» que propugnan una nueva fórmula estética y la destrucción de la vieja; hay otros que buscan una renovación más ambiciosa, no protestan sólo contra Echegaray, sino contra todo lo que este representa en la vida española: «un estado de espíritu que es un deber de patriotismo dar por terminado definitivamente».

⁸ Publicado en *Punta Europa*, II (1957), n. 23-24, pp. 81-91.

⁹ *Loc. cit.*, p. 81. El artículo, escrito con afán reivindicador de la figura de Galdós, se convierte en un ataque violento contra los del 98. Del tono apasionado y sorprendentemente acientífico de tales páginas dan idea párrafos como este: «Los ¡europeizadores! del 98 se hicieron, al mismo tiempo, importadores; no de materias primas ni de maquinaria —de las que, verdaderamente, tan necesitados nos hemos hallado siempre—, sino de doctrinas filosóficas que maldita falta nos hacían.» (*Ibid.*, p. 84.)

Mucho mejor informado y más acertado en sus conclusiones está H. CHONON BERKOWITZ, quien, en su trabajo «Galdós and the Generation of 1898», *Philological Quarterly*, XXI (1942), pp. 107-120, concluye: «Would it be foolhardy to suggest that, in some subtle way, the so-called Generation of 1898 may have shared in the legacy of personality which Galdós bequeathed unto the modern Spanish masses?» (p. 120).

¹⁰ O. C., VI, p. 259.

¹¹ Dichos artículos se publicaron en *El Mercantil*... los días 13 de febrero y 1 de marzo de 1894.

¹² O. C., I, p. 188. En la contraportada de *Anarquistas*... anunció MARTÍNEZ RUIZ, «en preparación», su obra *Los curas de Galdós*, que no llegó a publicar.

¹³ *Ibid.*, id.

¹⁴ O. C., I, p. 235.

¹⁵ Cfr. especialmente H. CH. BERKOWITZ, *Pérez Galdós, Spanish liberal Crusader*, Mádison, 1948, pp. 346-382, y, muy en relación con nuestro tema: E. INMAN FOX, «Galdós, *Electra*. A Detailed Study of its Significance and the Polemic Between Martínez Ruiz and Maeztu», *Anales Galdosianos*, I (1965), pp. 131-141.

¹⁶ He aquí una muestra de cómo se expresaba MAEZTU en el referido artículo, titulado «El público, desde adentro», y publicado en el mismo número de *El País* de 31-I-1901: «¡Oh noche, noche hermosa, en que por primera vez hemos sentido junto a nosotros la presencia del genio y la suprema alegría de poder admirarle hasta rendir el alma entera en sobrehumano vasallaje!»

¹⁷ Cuando entrado ya el invierno de 1899 MARTÍNEZ RUIZ reanuda sus colaboraciones en la prensa, tras un año largo de silencio, algunos de sus artículos muestran claros indicios de cambio. Una actitud irónica, escéptica, antidogmática, va desplazando el ardor combativo, retórico y panfletario muchas veces, de antaño. También la obra *Diario de un enfermo*, publicada precisamente en 1901, ilustra claramente la nueva actitud filosófica y vital de su autor. Sobre este período clave en la evolución de AZORÍN y el posible influjo de UNAMUNO escribiremos en otro lugar.

¹⁸ Dicho artículo, no incluido en las *Obras Completas*, está recogido por JOSÉ MARÍA VALVERDE en *Artículos olvidados de José Martínez Ruiz*, Madrid, Narcea, 1972, pp. 184-188.

¹⁹ *Loc. cit.*, p. 187.

²⁰ Reproduce este artículo E. I. FOX en *op. cit.*, pp. 139-40.

²¹ Se publicó, con periodicidad semanal, hasta el 27 de abril. En total, siete números. Vid. G. DE TORRE, «El 98 y el modernismo en sus revistas», en *Del 98 al Barroco*, Madrid, Gredos, 1969, pp. 46-47.

²² MARTÍNEZ RUIZ publicó en *Electra* dos artículos de intenso sabor anticlerical: «La España católica» y «Los jesuitas». No parece sino que quisiera desmentir las acusaciones de jesuitismo que le lanzó MAEZTU a propósito de «Ciencia y fe».

²³ O. C., II, pp. 627-630.

²⁴ «Alrededor de Galdós», en *La Vanguardia*, de Barcelona, 22 de octubre de 1912. El artículo no está recogido en las *Obras Completas*, pero sí en *Escritores*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1956, pp. 57-63.

²⁵ En el mismo Valle-Inclán además, predominan los testimonios de adhesión. Compartió con los demás el entusiasmo despertado por *Electra*, y mucho antes había alabado ya a Galdós como novelista, en el artículo «Angel Guerra», publicado en *El Globo* el 13 de agosto de 1891 (cfr. W. L. FICHTER, *Publicaciones periódicas de Valle-Inclán anteriores a 1895*, México, 1952, pp. 56-59). Testimonio de buenas relaciones son también las cartas que el escritor Gallego dirigió a Galdós (cfr. S. DE LA NUEZ y J. SCHRAIBMAN, *Cartas del archivo de Galdós*, Madrid, Taurus, 1967, pp. 27-34). Conviene recordar, como posible explicación de la mencionada e hiriente alusión, que PÉREZ GALDÓS, siendo director artístico del Teatro Español, se opuso a que se estrenara *El Embrujado*, de VALLE-INCLÁN. Quien, por otra parte, y como ya se ha insinuado, no hace más que recoger un lugar de la maledicencia de los corrillos literarios. Ya ERNESTO BARK hablaba en 1897 («El renacimiento literario», *Geerminal*, agosto de dicho año) de «un sabor *prononcé* de puchero casero», atribuyendo el hallazgo de la frase a Ricardo Fuente. GARCÍA SANCHÍS («De re literaria», *España Nueva*, 17 de enero de 1908) insiste en el «tufillo casero» de la prosa galdosiana. G. RUIZ DE LA SERNA, en fin, pudo escribir un artículo titulado «Galdós, los *Episodios* y el cocido» (*Heraldo de Madrid* 5 de enero de 1937. Cito estos artículos por Berkowitz, art. cit.).

²⁶ «Los cinco Cánovas», *ABC* de 5 de octubre de 1912. En *Escritores*, pp. 54-55.

²⁷ O. C., II, p. 902.

²⁸ *El paisaje de España...*, O. C., III, p. 1160.

²⁹ Así opina I. RUBIO DELGADO, en su excelente estudio —inédito aún, esperemos que por poco tiempo— *El teatro de Galdós*, tesis doctoral, Universidad de Salamanca, 1972.

³⁰ Vid. *Los clásicos futuros*, O. C., VIII, pp. 110-116, y «Algo sobre Pereda», *Escritores*, ed. cit., pp. 239-244. La campaña en favor de Mathéu le valió a Azorín la medalla de

oro de la ciudad de Zaragoza, en 1923. De todo aquello no quedó más que la anécdota. Mathéu retornó al olvido que parece definitivo.

³¹ Merece la pena mencionar, sin embargo, algunos que tratan de las relaciones entre personajes cervantinos y galdosianos. Vid. «Cervantes y Galdós», «Carrizales y Garrido», «Leandra y Augusta», en *Con permiso de los cervantistas*, O. C., IX, pp. 223, 232 y 245.

³² A lo largo de este trabajo hemos tenido ocasión de aludir a otros noventayochistas que compartieron la admiración hacia el novelista. Para las relaciones entre Unamuno y Galdós, vid. H. CH. BERKOWITZ, «Unamuno's relations with Galdós», en *Hispanic Review*, VIII (1940), pp. 321-338, y S. DE LA NUEZ, «Unamuno y Galdós en unas cartas», *Insula*, nn. 216-7, noviembre-diciembre 1964.

Elogios encendidos de Benavente a Galdós pueden leerse, por ejemplo, en *De sobremesa*, O. C., Madrid, Aguilar, 1953, t. VII, pp. 333, 506, 674, y especialmente 944-946.